

LAS FISURAS DE LAS CULTURAS POLITICAS EN LA ARGENTINA CONTEMPORANEA*

Miguel Serna **

Los procesos de transición y postransición democrática en Argentina han mostrado nuevas facetas en su modalidad de articulación entre modernización económica-social y los cambios que se registran en las estructuras políticas. Luego del período de crisis institucional de la década del 70' los partidos y las estructuras políticas democráticas han vuelto a reconstituirse como ejes de articulación de la política. Este hecho es destacable en dos sentidos, tanto por la debilidad que demostraron en el período predictatorial como por su recomposición en la transición democrática bajo condiciones económicas mucho más adversas. La explicación de ambos fenómenos implica explorar cuáles han sido los cambios sucedidos en las relaciones entre Estado y Sociedad y cómo se han reubicado los partidos políticos.

El trabajo tiene como objetivo explorar los recambios en los liderazgos, en los discursos políticos, las modificaciones en las organizaciones partidarias y los desempeños electorales en las últimas tres décadas. Se reflexiona sobre las nuevas y viejas formas de legitimación de la política: cuánto y hasta donde se encuentran presentan las matrices populista, corporativa, y liberal en las culturas políticas nacionales, la competencia partidaria dentro del sistema político, y las consecuencias para la acción de ubicarse en el gobierno o en la oposición.

I) LA TRANSICIÓN HACIA LA DEMOCRACIA, LA REDEFINICIÓN ENTRE EL SISTEMA POLÍTICO Y LA SOCIEDAD CIVIL: NUEVOS Y VIEJOS ACTORES POLITICOS

La agenda política y académica de los últimos veinticinco años en Argentina ha estado centrada en debates sobre los alcances y profundidad de los procesos de modernización, desde los análisis más pesimistas sobre la incapacidad de los estados y las economías para responder a los requerimientos de inserción económica internacional, hasta los más optimistas confiados en la 'necesidad estructural' de cambios profundos para alcanzar la ansiada integración global que permitirá conducir a éstos países en la ruta del crecimiento económico, la estabilidad política y el progreso social.

En todos los casos los cambios realizados o proclamados han supuesto transformaciones en los regímenes políticos y en las relaciones entre el Estado y la Sociedad. En este marco se sitúan los

partidos políticos —en buena parte de ese tiempo proscritos—, animando estrategias diversas pero resurgiendo como actores de referencia.

Luego del período de crisis institucional de la década del 70' los partidos y las estructuras políticas democráticas han vuelto a reconstituirse como ejes de articulación de la política. Este hecho es destacable en dos sentidos, tanto por la debilidad que demostraron en el período predictatorial como por su recomposición en la transición democrática bajo condiciones económicas y sociales mucho más adversas.

* Ponencia presentada al XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Comisión de Trabajo sobre "Reforma Política, Procesos Electorales y Transición a la Democracia en América Latina", Ciudad de México, 2 al 6 de octubre de 1995.

** Sociólogo, Docente e Investigador áreas Sociología Política y Sociología de la Educación, Departamento de Sociología.

La explicación de ambos fenómenos implica explorar el papel de los partidos como mediadores entre el Estado y la Sociedad.

Gran parte de los estudios sociales se han concentrado en describir y explicar los modelos de desarrollo y los regímenes políticos de los países latinoamericanos, discutiendo la posibilidad de que efectivamente pudiesen conjugarse modernización y democracia¹, dando en buena medida un papel secundario a los partidos políticos.

Si consideramos con Giovanni Sartori que los partidos políticos se desarrollan como agentes colectivos que cumplirán las funciones políticas en la sociedad moderna, definiendo a éstas como la canalización, la mediación y la representación de intereses sociales, el papel de los mismos sería entonces constituir una especie de bisagras o correas de transmisión de demandas y productos entre los diversos ámbitos de la sociedad.

La especificidad de las organizaciones políticas estriba en la construcción de dos áreas bien delimitadas de demandas y de negociaciones: por un lado, su ligazón con el poder del Estado, como centro de organización social y de toma de decisiones vinculantes, con la posibilidad además del uso de la coacción pública; la segunda área define las plataformas de proyección hacia la sociedad civil, como ámbito de demandas colectivas —no siempre totalmente estructuradas—, de aspiraciones participativas y de distribución de los recursos de la sociedad.

Complementariamente, la mediación entre los partidos y la sociedad civil presupone que la organización política cuenta entre sus objetivos primordiales: obtener la participación colectiva de los ciudadanos, movilizar a los mismos en torno a proyectos e ideales políticos globales, canalizar y agregar demandas colectivas e intereses sectoriales. El grado en que un partido logra efectivamente ser agente e instrumento mediador u orientador de la sociedad civil y la distancia entre la adquisición de poder y el necesario reconocimiento de los dirigidos —la dialéctica entre el ejercicio del poder público y la legitimidad ciudadana—, condicionan en buena medida el "éxito" político, el cual transita por la obtención del poder estatal y por la conversión en un intérprete legítimo de la sociedad en la que se desenvuelve. Cuando por el contrario la balanza se inclina deliberadamente hacia uno de los extremos, ya sea el "enquistamiento" en la estructura del Estado, o hacia la autorreferencia al partido como una organización cuyo objetivo central se traduce en la reproducción de sí misma, los partidos y la política han visto reducir su poder de convocatoria colectiva y al mismo tiempo su poder efectivo.

Nuestras interrogantes se orientan a responder cómo se han 'reubicado' los partidos políticos en la sociedad argentina a partir de la transición a la democracia en la década del 80', que los llevó a 'volver' a ser agentes organizadores de la política contemporánea y cuáles han sido los logros, y también los bloqueos a la acción política.

Es justamente con la restauración de la democracia que los partidos argentinos ofrecen algunas claves peculiares: en una primera fase los enormes créditos de expectativas populares depositadas en el sistema de partidos, en el régimen político democrático, en los perfiles de algunos liderazgos, y, del mismo modo tendencias anti-téticas que llevaron a la arena política el énfasis en los problemas institucionales y de la gobernabilidad, el severo castigo por parte de los electores hacia el Partido Radical y su gestión de gobierno que entrega el poder a los justicialistas triunfantes unos meses antes de lo previsto por el mandato constitucional. Finalmente la agenda político-electoral de la década del 90' está inundada de los temas que hacen a la consolidación relativa de los sistemas políticos y su vinculación con los procesos de integración económica: reforma del Estado, coaliciones de gobierno, democratización del Estado, los fenómenos de concentración de poder y ejercicio de 'modalidades de corrupción pública', formas de oposición y el 'desencantamiento' de la política.

Nos proponemos entonces abordar en el correr del presente trabajo cuatro interrogantes principales ¿cuáles han sido los papeles que han cumplido los partidos políticos en los procesos de transición y posttransición democrática en el Río de la Plata?; ¿qué cambios se han procesado en el sistema de partidos y en las estructuras de los partidos?; ¿cuáles han sido los nuevos estilos de liderazgo político?; y finalmente, ¿cómo se han traducido en determinadas permanencias y cambios en las culturas políticas nacionales?

Esto supone dilucidar dichas relaciones: por un lado, interrogarnos sobre los actores políticos, los nuevos y también acerca de los grados de vitalidad que conservan las viejas estructuras organizativas, y por otro la posibilidad y dirección de cambios en las conductas de sus electores. Consecuentemente abocarnos al estudio de los tipos de acción que tradicionalmente han desarrollado

¹ A modo de ejemplo uno de los autores más prestigiosos por sus tesis pesimistas ha sido Gino Germani ("Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna" en *Los límites de la democracia*, CLACSO, Buenos Aires, 1985, vol. I.).

los partidos para obtener el apoyo de la voluntad ciudadana, las nuevas imágenes y líderes propuestos a los cargos de gobierno y los resultados electorales logrados; advirtiendo las continuidades y rupturas en la conducta de los electores y elites dirigentes.

II). LA PROGRESIVA DESPOLARIZACIÓN IDEOLÓGICA Y COHABITACIÓN POLÍTICA DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y EL RESURGIMIENTO DE LA OPOSICIÓN POLÍTICA-SOCIAL

El sistema político argentino ha estado signado por dicotomías excluyentes orden oligárquico conservador/oposición liberal contestataria; ampliación de la ciudadanía/restricción o control de los movimientos obreros y retaceo de los derechos sociales; peronismo/antiperonismo; extensión de reglas democráticas/bloqueos o presiones corporativas; oposiciones que han impedido la consolidación de un sistema de partidos organizado que pudiera compatibilizar las funciones de participación ampliada y agregación de intereses por una parte, y la dirección regular del aparato estatal y el reclutamiento de las elites políticas de gobierno.

Al momento del análisis las posiciones oscilan entre aquellos que niegan la realidad de un sistema y otros que la reafirman. Reconociendo la dificultad de adaptar criterios provenientes de la especulación teórica, algunos autores han creído ver un sistema político no consolidado². La Argentina no ha poseído prácticamente competencia interpartidaria, ni estabilidad institucional, ni normalidad democrática. Más allá de la presencia avasallante de las corporaciones, sin embargo, los partidos políticos no han dejado de autorreferirse. Cuando dicha interacción partidaria disminuyó, nos acercamos a un tipo de sistema hegemónico, con actor predominante; cuando la interacción fue reforzada y explicitada, el sistema se inclinó hacia el bipartidismo.

Ahora bien: presidencialismo, polarización, exclusiones recíprocas, negación del pacto y desconfianza de la esfera electoral, hondas zanjadas entre el radicalismo y el peronismo, etc., ¿por qué estos rasgos y dónde están sus causas?, ¿acaso en lo ideológico, en lo interactivo o en lo estructural?. Los enormes problemas del sistema político argentino para asumir funciones de representación, ¿no son producto de luchas sociales imposibles de traducir políticamente? Sin pretender respuestas definitivas y simplificadoras, no creemos en primer lugar que la existencia de un sistema de partidos débil y permeable refleje mejor o más equita-

tivamente el conflicto social. Del mismo modo, la debilidad sistémica no permite sostener la mayor sencillez para que la lucha social se transforme en combate político. En este punto, las lógicas de acción —con sus acervos simbólicos— canalizan juegos de lenguaje y de poderes irreconciliables, pero siempre de naturaleza política. En todo caso, la heterogeneidad estructural, la consolidación de dos circuitos decisionales—el político institucional y el corporativo— y la pálida mediación sistémica, habilitan a los partidos políticos argentinos, en plenos procesos de crisis y de ruptura institucional, para asumir una responsabilidad decididamente menor.

Con las limitaciones antes mencionadas podemos afirmar que en la Argentina existe un "sistema de doble partido con intención dominante", con organizaciones políticas fundadas en torno a liderazgos carismáticos, con una presencia de las identidades federales y regionales, marcado por una ausencia de contextos de acuerdo y negociación entre los actores políticos; y donde la alternancia de gobiernos ha significado gran cantidad de veces cambio de regímenes políticos.

La Unión Cívica Radical se constituyó como un movimiento esencialmente contestatario y antisistémico al orden oligárquico-conservador de la Argentina moderna del último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Ante la cristalizada posición de gobiernos elitistas y fundados en una democracia restringida, el partido recurrió a los caminos más dramáticos: los movimientos armados de 1890, 1893 y 1905. Así, "revolución", "abstención" e "intransigencia", fueron las vías adoptadas por el radicalismo sobre fines del siglo pasado y comienzos del presente.

Como se comprenderá, la trayectoria del radicalismo como "partido de ciudadanos" se asocia inevitablemente con la constitución de su ideario político liberal-democrático y con su estructura organizativa. Sin embargo, no puede escapar el papel fundamental de las implantaciones carismáticas. Es más: desde los orígenes del radicalismo —nota de larga duración— el alcance de los liderazgos encuentra toda su legitimidad en los complicados procesos internos de la vida partidaria. La proyección nacional de los líderes arraiga inexorablemente en la previa y trabajosa jefatura del partido.

² Sobre las implicancias generales de este enfoque ver Susana Mallo, Rafael Paternain, Miguel Serna. *Modernidad y poder en el Río de la Plata*. FCS-UROU-Trazas, Montevideo, 1995, cap.3.

El otro actor que conformó en el largo plazo el sistema partidario fue el peronismo constituyéndose en dos polos antitéticos que definirán la dinámica de los regímenes democráticos en la Argentina de los últimos cincuenta años.

El peronismo emergió también como un movimiento contestatario al orden oligárquico, pero a diferencia del radicalismo se encontró con un coyuntura histórica-social más favorable y se propuso formas de participación y bases de legitimación diversas.

La rebelión contra el régimen oligárquico se realiza en momentos donde éste ya se encontraba en un proceso de decadencia y agotamiento económico y social, por otra parte el peronismo agrega a la prédica movimentista, la incorporación política de sectores populares—fundamentalmente la clase obrera sindicalizada y las mujeres—, la aceptación de actores no partidarios—militares, la pequeña burguesía nacional, e iglesia—en la dirección gubernamental y la confianza en el liderazgo carismático de Perón como símbolo de identidad y unidad.

Ante éste adversario, el radicalismo quedará replegado a una prédica ciudadana de corte conservadora en el plano político, vacía de contenidos participativos y sociales.

De esta manera el escenario posterior va a quedar planteado en términos de políticas excluyentes y excluidas, una basada en reglas políticas y garantías de derecho poco desarrolladas; otra fundamentada en una raíz popular y en organizaciones corporativas; finalmente un punto en común —y necesariamente de conflicto— el reconocimiento y fortalecimiento de liderazgos carismáticos en la conducción política.

¹ Halperin Donghi, Tulio. *A treinta años de 'Argentina en el callejón'*. Buenos Aires, pág. 6.

² Observemos otra opinión desconcertante sobre el radicalismo: "el radicalismo es como un enorme animal prehistórico, impreciso en sus formas, pesado y lento, al que le cuesta levantarse y ponerse en marcha. Pero cuando lo hace, suele ser poderoso en sus reacciones y capaz de transformar todo el escenario"; ver Luna, Félix. "Trayectoria y cambio del radicalismo en Argentina", en Iturría Anibal (comp.), *El pensamiento político argentino contemporáneo*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1994, pág. 129.

³ Abal Medina(h), Juan Manuel. "A propósito de la 'normalización' del sistema de partidos en Argentina". *Revista LA CIUDAD FUTURA*, N°41, Buenos Aires, 1994, págs. 26-31.

II.1. LOS PARTIDOS EN LA APERTURA DEMOCRÁTICA

Por momentos, parecería que la historia tiende a repetirse, aunque no sepamos dónde ubicar a la tragedia y dónde a la farsa. En este sentido, un historiador argentino ha señalado que en los años 30 la Unión Cívica Radical se vio obligada a abroquelarse —en un proceso de permanente autorreferencia— y al mismo tiempo toda su plataforma política fue un cuerpo "anacrónico" incapaz de satisfacer las aspiraciones de una sociedad compleja³. Del mismo modo, sin invalidar a lo anterior, este historiador ha dicho algo desconcertante: el radicalismo es "una de las creaciones más admirables de la historia argentina", puesto que es la única institución surgida al margen del Estado, que ha sobrevivido más de un siglo y que tiene un 20% de los votos haga lo que haga y postule a quien postule. Conclusión ciertamente optimista, que tal vez —paradójicamente— ningún operador radical pueda realmente compartir. Pero lo cierto es que constituye un partido político que, más allá de su persistencia, ha tenido un desempeño —una inserción, diríamos— extremadamente variable y cambiante, todo lo cual tiende a reafirmar esa imagen ambigua que lo asocia indistintamente a los triunfos aplastantes o a las derrotas populares sin levante⁴.

Sin embargo, para el investigador de la escena actual, la coyuntura excluyente e inevitable fue la de 1983, a tal punto que cualquier adjetivación emergente anida en el más elemental rastreo comparativo con aquel entonces. Desde muchos ángulos, el triunfo radical en las elecciones de 1983 significó una inflexión decisiva para la historia política contemporánea de la Argentina: algunos sostienen que se reforzó el sistema de reciprocidades partidarias; otros aseguran que se comenzó una deconstrucción del poderoso clivaje "peronismo/antiperonismo" pues la habilidad de Alfonsín consistió en modificar los tonos discursivos mediante un giro socialdemócrata, aunque en verdad implícitamente siguiera operando dentro de la lógica del clivaje para "ganar voluntades democráticas"⁵; por fin, hay quienes aseguran, más difusamente, que Alfonsín estampó el punto final —pericia totalmente inadvertida por él mismo— a todo un período histórico, quedándole resto incluso como para esbozar el punto "cero" populista que echara las bases de una nueva era política. Más allá de cualquier hipótesis, hasta la implantación de la rutina democrática resultó una novedad para la vida política argentina, y probablemente constituya el único mérito que la generalidad esté dispuesta a concederle al gobierno de Alfonsín.

CUADRO N°1: EVOLUCIÓN DE LAS ADHESIONES ELECTORALES A LOS PARTIDOS MAYORITARIOS EN ARGENTINA 1973-95

PARTIDOS VOTACIÓN	1973		1983		1989		1995
	% votos válidos	% habilitados	% votos válidos	% habilitados	% votos válidos	% habilitados	% votos válidos
P. Justicialista	495	399	402	334	475	397	497
Unión Cívica Radical	213	171	518	431	325	271	169
Frepaso							295

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior.

Reducida prácticamente a un quinto del electorado nacional en la transición de 1973, frente a un peronismo avasallante —luego de casi dos décadas de proscripción—, y en una atmósfera de terrible polarización, los caudales electorales de la Unión Cívica Radical, sin embargo, resultaron sorprendentes en la elección de 1983, en una instancia histórica que no puede ser considerada puramente de restauración, sino que además procuró un ímpetu de apuesta y creación.

Las singularidades de dicha elección consistieron en que: supuso la primera victoria sobre el peronismo en comicios libres, un triunfo indiscutible superando la mitad del total de votos válidos, lo cual significó un altísimo grado de legitimidad política—en un contexto de unificación partidaria tras el liderazgo nacional de Raúl Alfonsín— y la recuperación de libertades políticas y civiles después de un traumático proceso de ruptura entre la sociedad y el Estado argentinos; y finalmente, una variable contextual importante, la transición hacia la democracia es catapultada casi inmediatamente de la derrota de los militares en la guerra de Las Malvinas.

En definitiva, el alfonsinismo tuvo su hora de gobierno, de perpetuación y de pretensión hegemónica, en un sistema político en donde la

posición que se ocupa con relación al Estado es clave para estructurar percepciones y conductas de los actores. El prestigio cosechado durante los últimos años de la dictadura, la consagración como figura nacional, la preeminencia que adquirieron las corrientes juveniles⁶ y la fuerte reivindicación democrática y anticorporativista, le permitieron a Raúl Alfonsín acumular grandes caudales de legitimidad como para cerrar —o como para intentarlo, al menos— un pasado de dominio peronista.

La revitalización del radicalismo fue, pues, un complejo proceso que supuso una cierta articulación simbólica, una apertura de la organización a las prácticas movilizadoras y a los contingentes de la juventud. Incluso la propia idea de tercer movimiento histórico puede entenderse también como un ardid discursivo diseñado para trascender un partido cerrado, de "clientela cautiva" y de dirigencia resignada⁷. Esta renovación resultó multiplicadora toda vez que pudo contrastarse con los niveles de la organización peronista: "...los contrastes entre las internas porteñas radicales y justicialistas resultan muy claros: aquéllas giraron alrededor de la confrontación, planteada básicamente por una fracción que...ocupó el centro de la escena política con contenidos y orientaciones internamente distintivas. Siendo así, la participación y el voto del afiliado como juez último estuvieron permanentemente presentes...Por el contrario, la interna justicialista giró alrededor de la unidad previa, entre líneas escasamente diferenciadas y sin referentes personales claros, mediante la juxtaposición de tendencias, que sólo muy tardíamente...definieron alianzas"⁸.

⁶ La llamada Junta Coordinadora, agrupación de jóvenes con antecedentes de militancia universitaria en los sesenta, le aportó al radicalismo pautas de organización, voluntad de movilización y cierta direccionalidad discursiva hacia una propuesta de centro-izquierda.

⁷ Palermo Vicente *Democracia interna en los partidos*, Ed. del IDES, Buenos Aires, 1986, pág. 79.

⁸ *Ob. cit.*, pág. 100.

Convertido en partido de masas, movilizado, transformista, el radicalismo logró formular un nuevo imaginario político, basado en la apelación al ciudadano y legitimado mediante la admisión recíproca de diferencias ("licitud de la existencia de las fracciones y su competencia"): "en la nueva coyuntura, 'democracia' dejó de estar asociada a las formas plebiscitarias de masas del periodo populista o al liberalismo excluyente que caracterizó a los enemigos políticos de Perón. El énfasis es ahora puesto en los aspectos institucionales de la democracia. Los partidos políticos tienen así la oportunidad de reconquistar el espacio político anteriormente ocupado por sindicatos y militares"⁹. Producto de los fracasos peronistas y militares, Alfonsín también fue una apuesta por los valores congénito-liberales de la historia política argentina, cuyo caso no significó en sentido estricto una restauración, aunque sí tuvo mucho de proyección a partir de impulsos escondidos y potenciales que se produjeron en los márgenes de la propia dinámica política. En cualquier caso, la solución partidaria-organizativa —práctica y simbólica— fue la espada colonizadora de ese espacio simbólico en crisis.

II.2 IMPULSOS Y BLOQUEOS DEL GOBIERNO RADICAL

Por su parte, el gobierno de Raúl Alfonsín transitó por tres etapas más o menos claras: a) durante los dos primeros años —de 1983 a 1985— todo lo condicionó la inercia electoral, vale decir, que se insistió con la práctica democratizadora —que supuso la refundación de un orden político— y con el posicionamiento anticorporativista, lo cual ha llevado a muchos analistas a sostener que la legitimidad electoral no se tradujo en legitimidad de gobernabilidad (o en flexibilidad concertadora). De esta forma, la política económica inicial no se alejó de un reformismo redistribucionista. Sin embargo, en el ámbito político, el presidente Alfonsín —con el total respaldo de su partido— lideró una serie de cambios sustanciales. El tema candente de los derechos humanos y el juzgamiento de los militares culpables, hubo de transformarse en un hecho inédito en la historia del país. Asimismo, en este período, el gobierno radical procuró modificar la estructura corporativa del poderoso sindicalismo argentino. Para ello, envió al parlamento un proyecto de ley destinado a reorganizar los mecanismos de acción y de representación sindicales. Pero el fracaso parlamentario de dicha ley y la notoria incapacidad negociadora del gobierno, evidenciaron que el radicalismo poseía escaso margen para reformular las políticas públicas y para generar eficaces canales de agregación de intereses.

En síntesis, hubo un Estado débil frente al mundo organizado de las corporaciones: el gobierno radical eligió como táctica a la confrontación y como escenario al parlamento, en ambos casos sin medir adecuadamente sus fuerzas¹⁰. El "talón de Aquiles" del país, su economía, tampoco tuvo respuestas eficaces. La búsqueda afanosa de las medidas y del elenco determinó el pasaje a la etapa subsiguiente.

b) A partir de esta realidad, tomó cuerpo lo que se denominó el alfonsinismo, que entrañó todo un cambio de énfasis en la política de gobierno: la instrumentación del Plan Austral, los proyectos de reforma constitucional, la pretensión de mudar la capital al frío sur argentino y todo el acervo discursivo destinado a dar bomba al Tercer Movimiento Histórico. Semejante vuelco —social-demócrata, digamos— se apoyó en la renovación de los elencos: los resultados de la política económica anterior significaron la marginación de los políticos tradicionales del partido y la aparición de una combinación de técnicos extrapartidarios asociados a unos cuantos jóvenes pertenecientes al núcleo alfonsinista, quienes asumieron mayores responsabilidades políticas.

Pero nada fue suficiente: la aceptación final de un sistema de pactos como vía de consolidación de la democracia —"pacto de garantías" y "pacto de transformación"¹¹— no logró frenar el fracaso del Plan Austral ("economía de guerra pero sin enemigos", "socialización de responsabilidades"¹²), del mismo modo que la total simbiosis entre el proyecto gubernamental y los sectores juveniles acarreó para estos últimos la pérdida de autonomía discursiva y de posibilidades críticas hacia el gobierno.

Junto con el desdibujamiento del perfil propio, la Unión Cívica Radical —luego de cuatro años de gestión— anexó una dolorosa conversión en la credibilidad de su electorado.

⁹ Panizza, Francisco, y Fogathy, Theresa. "El triunfo de radicales y colorados: ¿un voto por un pasado mejor?". CUADERNOS DEL CLAEH, N°40, Montevideo, 1986, pag. 67.

¹⁰ Cavarozzi, Marcelo. *Partidos políticos, regímenes y transiciones democráticas*. FLACSO, Santiago de Chile, 1989.

¹¹ Portantero, Juan Carlos. "Las ideas políticas en los '80", en *El pensamiento político argentino*, ob. cit., págs. 295-308.

¹² "Van a ensayar el autontansmo con un presidente con apoyo popular", entrevista a José Nun, CUADERNOS DE MARCHA, Tercera Época, N°44, Montevideo, 1989, págs. 76-84.

c) Así, el "voto castigo" emergió como una respuesta condenatoria desde la sociedad civil. Un partido justicialista recompuesto y remozado derrotó —el 6 de setiembre de 1987— a un radicalismo que todavía cargaba con el lastre de contradicciones entre el imperativo técnico y la razón política. Incluyendo la reelección por cifras abrumadoras del exótico gobernador Menem, el peronismo ganó, nada más ni nada menos, que en quince provincias. ¿Qué sucedió con la política argentina? Cabe argumentar, en un nivel abstracto, que si bien variaron las reglas prácticas de la convivencia política, sin embargo no se pudo reconstruir "el intercambio político como un sistema de acción colectiva en el cual los diferentes protagonistas ponen en juego el sentido de su acción en una lógica de reciprocidad de la cual puede salir confirmada, redimensionada o desmentida la propia identidad"¹³.

En efecto, ambos partidos repitieron —y repiten— políticas de exclusión que cancelan cualquier instancia de constitución de identidades, lo cual es una fuente constante de frustración y de derrota para los sectores más progresistas. Pero las razones de ese descalabro político hay que situarlas también en el ámbito productivo de los hechos: el levantamiento militar de Semana Santa de 1987 fue un semillero de susceptibilidades con relación a la debilidad del gobierno ante la presión castrense; la "Ley de Punto Final" recibió amargas críticas por parte de las organizaciones de derechos humanos, de algunos sectores del radicalismo y de amplios segmentos de la sociedad civil (tal vez por la profundidad del desencanto, dicho rechazo no se tradujo en grandes protestas o movilizaciones); en otra oportunidad, en enero de 1989, nuevamente la cuestión militar: un pequeño grupo se apoderó del cuartel "La Tablada" y desde allí —en un acto aún inexplicado— convocó a la rebelión popular. No obstante la sangrienta represión por parte del ejército leal, se reeditaron con fuerza pública los fantasmas de una "subversión" agazapada lo que le permitió a las FFAA recomponer sus funciones de "custodia del orden". Así, el Poder Ejecutivo delegará en el ejército —y no en la policía, como se había estipulado en 1983— la represión de la llamada "subversión interna". Los viejos sistemas de control y la "demonización del otro" signaron en aquellos días el eterno retorno de lo idéntico. Sin olvidar en este *racconto* sumario a la variable económica: jaqueado por el poder económico —aquellas fuerzas que el radicalismo había excitado pero no derrotado—, el complot productivo-financiero desató una hiperinflación de la cual la sociedad argentina jamás se olvidaría¹⁴.

La derechización del radicalismo quedó estampada en la figura de su candidato presidencial para las elecciones nacionales de mayo de 1989: Eduardo Angeloz, tecnoburócrata de imagen "ejecutiva", conjugó un modelo modernizador y neoconservador de neto corte elitista.

Detrás de este corolario radical —naufragio de una esperanza y fragmentación partidaria— aguardó el surrealismo menemista. El logro intransferible: haber entregado el gobierno a un partido opositor electo democráticamente. La lamentable contradicción: aquel partido radical que se identificó con el país, más allá de todos sus conflictos, terminó sus días acorralado por los puñetazos infames de la vasta sectorialidad.

Las elecciones de 1989 descolgaron las guillotinas, refrendando el descontento y canalizando el castigo, el corte como en otras circunstancias históricas resultó profundo para los radicales, quienes redujeron su electorado del 52% al 32%.

II.3 LA GOBERNABILIDAD MENEMISTA: RENOVACIÓN O TRANSFORMISMO DEL PERONISMO

El próximo paso no resulta para nada sencillo, pues se trata no solamente de situar y explicar el progresivo ascenso del movimiento y posterior gobierno menemista. Destacando para ello dos factores: en primer lugar, los efectos de absorción de perfiles que supuso el menemismo: "...buena parte de la oposición quedó contaminada en el estilo menemista al considerar que aun las opciones más dramáticas y trascendentes podían camuflarse con justificaciones de circunstancia de bajo contenido político y argumentaciones triviales.

Por esa vía, sin proponérselo, la oposición colaboraba con la despolitización de la sociedad que favorecía al gobierno"¹⁵; y en segundo lugar,

¹³ Rusconi, G. M., "Modernidad, postmodernidad", LA CIUDAD FUTURA, N°14, Buenos Aires, 1989, pág. 40.

¹⁴ A tal punto gravitó esto, que el historiador Tulio Halperin Donghi señaló que "la hiperinflación explica la resignación que caracteriza el momento actual: esta sociedad advierte que ciertos resortes que en el pasado estaban a su disposición ya no pueden usarse, porque la Argentina ya no es la que fue. Se tolera, entonces, no sólo la exhibición insolente de la riqueza por parte de un sector próspero reducido y particularmente interesado en que se administre su propiedad, sino que también se toleran los aspectos más extravagantes de nuestra vida política que en otros tiempos hubieran despertado reacciones un poco más vivaces".

¹⁵ Sidicaro, Ricardo, "Política menemista y problemas de la oposición", LA CIUDAD FUTURA, *ob. cit.*, pág. 6.

por el notorio descentramiento de los referentes discursivos, ya que la unidad básica del radicalismo —el ciudadano— fue inexorablemente sustituida por la del consumidor¹⁶.

Sin embargo, esta privatización de la esfera política se expresa también mediante un nuevo clivaje de distinción discursiva: "así, con el claro posicionamiento del menemismo y sin duda por las influencias culturales de los países centrales, el eje 'izquierda/derecha' aparece en la Argentina de fin de siglo con lo que el sistema de partidos empieza a 'normalizarse' y a adoptar las pautas discursivas de sus hermanos primermundistas"¹⁷. No pueden haber dudas acerca de que estos nuevos cortes políticos terminaron perjudicando al radicalismo, no obstante lo cual —al igual que en el contexto de 1983— fue Raúl Alfonsín el que primero advirtió su existencia y por ello condujo estratégicamente al partido dentro de los límites discursivos socialdemócratas.

Pero la realidad política no fue la misma como para capitalizar positivamente los nuevos alineamientos: el desprestigio de la figura de Alfonsín, el comprometido panorama en la interna partidaria —lucha por la sucesión de liderazgos— y, lo que resultó aún peor, los pasos seguidos por el ex-presidente en la tramitación del Pacto de Olivos, llevaron a la Unión Cívica Radical, en abril de 1994, al escalón electoral más bajo de toda su historia, hasta ese momento¹⁸.

El Pacto de Olivos marcó un hito histórico en la política argentina, un punto de inflexión que por primera vez quebraba la polarización peronismo/antiperonismo que explicó la dinámica del sistema político en los últimos 50 años. Sin embargo, ello no supuso una eliminación del conflicto ni la institucionalización deseada por los participantes de un bipartidismo fundado en una ingeniería constitucional que garantizara su 'pacífica' cohabitación.

Reeditando viejas prácticas radicales, que apelan al "posibilismo" y al juego con los "factores de poder", tal vez el hecho político más desgraciado de Raúl Alfonsín — el Pacto de Olivos— pueda merecer la siguiente especulación: "sin duda hay elementos que explican este terrible error...podemos señalar que la apuesta de Alfonsín no tuvo en cuenta dos elementos: que pudiera aparecer una tercera opción partidaria con la fuerza necesaria para 'robarle' a la UCR el lugar de oposición que dejaba vacante (momentáneamente, según el ex-presidente) y la acción suicida de los referentes antialfonsinistas que apostaron claramente por la derrota del partido"¹⁹.

Cabe preguntarse: ¿hasta qué grado la propia opacidad partidaria —con sus bloqueos y sus crisis— y los fuertes impulsos para consagrar definitivamente un liderazgo, no presionaron a Raúl Alfonsín para asumir, en el más estruendoso silencio, el Pacto de Olivos, desatando una inesperada tormenta interna?; del mismo modo, ¿semejante maniobra no descansó en una desesperada autoconciencia de ciertos sectores del radicalismo, quienes vieron descender su protagonismo en un tiempo pragmático y privatista que no tolera más ni las pautas tradicionales de representación, ni los resortes deliberativos de las viejas células organizativas, ni la retórica distribucionista y transformista? Nota de larga duración: la legitimidad del liderazgo radical no trasciende jamás los contornos de la variable partidaria. En este caso, la acción secreta y solitaria del líder —explícitamente de espaldas al partido— agudizó la crisis y multiplicó las alianzas coyunturales y los fraccionamientos disgregadores.

Para la Unión Cívica Radical, las elecciones nacionales de 1995 significaron una instancia verdaderamente histórica. En primer lugar, porque su papel de segunda fuerza política —toda vez que no fue gobierno— quedó enterrado por la dinámica política que catapultó a la coalición de centro-izquierda (el Frepaso); en este sentido, según algunos análisis cuantitativos primarios, de 1989 a 1995, el traspaso de votos radicales hacia el peronismo estuvo cercano al 10%, mientras que el Frepaso absorbió el 45% de las lealtades radicales²⁰. Pero en segundo término, el recorrido electoral de la transición y de la postransición fue inequívocamente descendente: luego del sorpren-

¹⁶ En este sentido, la prensa argentina hace su propia interpretación: "no hay que decir que esta realidad atormenta a Alfonsín: convencido de que 'lo económico debe subordinarse a lo político', no soporta que el odiado mercado lo obligue a cambiar de opinión, de ahí su tendencia a tomar el repliegue de la UCR por evidencia de que la política como tal se ve sitiada por una horda de fundamentalistas 'neoliberales' y otros fascinosos"; ver NOTICIAS, N°925, Buenos Aires, 18 de setiembre de 1994.

¹⁷ Abal Medina (h), Juan Manuel, *ob. cit.*

¹⁸ El radicalismo parece condenado: capaz de transitar por distintas etapas ideológicas, apto para albergar un sinfín de perfiles —laxitud de su organización— siempre llega tarde sin embargo para satisfacer necesidades del momento: así le ocurrió con el peronismo, más tarde con el menemismo y finalmente con el Frente Grande. En la única oportunidad que tuvo olfato interpretativo y se adelantó, ganó las elecciones de 1983.

¹⁹ Abal Medina (h), Juan Manuel, *ob. cit.*

²⁰ Fuente: Graciela Römer y Asoc., EL CLARIN, Buenos Aires, mayo de 1995.

dente 51% de 1983, la Unión Cívica Radical sólo pudo obtener un 33% en 1989; del mismo modo, en las elecciones legislativas de 1993, la cifra bajó al 30%, al tiempo que en la consulta para constituyentes de 1994, el partido tocó fondo con un 20% de los votos válidos. Electoralmente, pues, mayo de 1995 cristalizó el *record* del 17% del electorado²¹.

El triunfo del gobierno con la mitad de las preferencias del cuerpo electoral —un poco más que las adhesiones con las que había accedido en 1989—, consolidó un nuevo ciclo en la política peronista: el menemismo. Los pivotes que constituyeron éste nuevo estilo de conducción política han transformado la fisonomía peronista. Comencemos por su logro más visible, asociar el liderazgo carismático a la estabilidad y continuidad gubernamental, ésta peculiar cultura de gobierno que ha hecho de la gobernabilidad un valor en sí mismo se sostuvo en una coalición con los principales grupos económicos —los mismos que habían despedido silenciosamente el gobierno alfonsinista.

El punto de partida no negociable, una política económica neoliberal aplicada ortodoxamente como paliativo para evitar el 'caos de la hiperinflación'—y sus consecuencias negativas tanto sobre el funcionamiento de los mercados como sobre los sectores sociales más desprotegidos— y como mecanismo para mantener el compromiso de los principales grupos económicos financieros.

A partir del objetivo primordial de obtener estabilidad política y económica se teje una coalición de gobierno que va cooptando progresivamente a los 'otros actores sociales poderosos' que organizan la sociedad argentina, los militares, la iglesia, y más tardíamente la oposición política. Esta nueva alianza política va a expresarse electoralmente en una adhesión electoral más amplia y pluriclasista que el peronismo originario y al mismo tiempo, con un comportamiento más conservador, más proclive hacia los resultados de gobierno que a las motivaciones ético-colectivas.

Desde ésta apología a la gobernabilidad se va instaurando un cambio discursivo orientado a lo que llamamos la ideología de la no ideología, el discurso menemista se define por una fetichización de la institución del mercado como garantía del progreso económico y el acceso a niveles de consumo, donde los proyectos políticos pasan a calificarse de utopías y son medidos—cuando no, sustituidos—por la vara de un aparente pragmatismo que toma las decisiones políticas en función

de las 'leyes de la economía'. Un ejemplo de ésta nueva ideología se muestra en la política exterior, donde se ha modificado radicalmente de una no-alineación que priorizaba los 'intereses nacionales' a una alineación 'absoluta' con las principales potencias de los países centrales dirigida a una integración mayor 'con el mundo occidental'—curiosamente, en un contexto internacional marcado por el fin de la guerra fría y del debate ideológico internacional—.

La conducción política del gobierno menemista ha privilegiado además el uso sistemático de la comunicación en los medios de comunicación masiva como mecanismo principal de integración y legitimidad pública. Así como el peronismo originario no privilegió la escena parlamentaria, por el contrario priorizó las decisiones a nivel del gobierno central y los espacios de los medios de comunicación masiva para la construcción de acontecimientos políticos y la agenda de gobierno, y como mecanismos para mantener el contacto con la ciudadanía y el público en general, lo cual por cierto le dio mucho más rédito que al gobierno precedente.

El estilo menemista ha ido quebrando discursivamente sus vínculos con el peronismo originario que poseía como clivajes estructurantes la prédica movimentista-orgánica, la preeminencia de los derechos sociales sobre las libertades políticas y civiles, la dicotomía pueblo-oligarquía y la oposición entre el fortalecimiento del estado-nación y la ruptura de relaciones con el imperalismo inglés. Esta práctica transformista en lo retórico-argumental y en la negociación política ha cambiado asimismo el mapa político-electoral. La gobernabilidad con su práctica de acuerdos cupulares, priorización de eficacia mercantil y rupturas con las tradiciones ha sido acompañada—pese a la autopercepción gubernamental— de cambios importantes en los actores políticos. Uno de los cambios ha largo plazo que ha acompañado el proceso de transición y postransición democrático ha sido la aparición de terceras fuerzas políticas y el incremento de peso de los actores políticos provinciales. Estos procesos no siempre unívocos han tenido su última expresión —y probablemente no sean los últimos— en la constitución del denominado Frente País Solidario (FREPASO) que alcanzó en las elecciones de 1995 el 29,5% del electorado a nivel nacional.

²¹ La distribución socio-económica del voto radical en 1995, fue la siguiente: sector bajo, 18%; sector medio-bajo, 19%, sector medio, 15%; sector medio-alto y alto, 7%. Fuente: *ob. cit.*

Esta coalición ha sido formada fundamentalmente por sectores escindidos del peronismo. Esta agrupación política se ha formado con el objetivo de renovar los principios del peronismo clásico con los dilemas de la gobernabilidad postransición. Así su principal dirigente José Octavio Bordón, ex-gobernador justicialista de la provincia de Mendoza ha centrado su propuesta articulando algunos principios del peronismo como ser un proyecto económico que apoye la producción nacional y mejore los logros en materia de justicia social —disminuyendo la desocupación y mejorando la distribución del ingreso—, y con un ataque frontal a los aspectos más polémicos de la gobernabilidad menemista, procurando reducir los privilegios a los capitales financieros —golondrinas—, promoviendo las exportaciones y fundamentalmente atacando los fenómenos de corrupción política y mejorando las garantías institucionales de la democracia y el estado de derecho para hacer efectiva el funcionamiento de la justicia, evitar las violaciones a los derechos humanos y libertades civiles y realizar una administración más transparente y austera.

III). ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Los períodos de transición y postransición han estado signados de cambios en las estructuras políticas y los mecanismos de representación. La crisis de la política tradicional fundada en: identidades nacionales-populares, el caudillaje político de corte clientelista-retributivo y la presencia de un Estado redistribuidor de riqueza: ha sido progresivamente sustituida por la priorización de la lógica de la gobernabilidad, estimulando la concentración del poder, maximizando la eficacia técnica en la toma de decisiones políticas y el logro

de resultados concretos, la formación de coaliciones de gobierno para asegurar la estabilidad política, la adaptación a los condicionamientos provenientes del campo económico y el ámbito de poder de las negociaciones corporativas, la reducción del gasto público y la disminución de la regulación estatal. Todo esto ha llevado a un escenario político cargado de estrategias discursivas pragmáticas y reduccionistas.

Por su parte los partidos políticos se han convertido en empresas electorales sustituyendo las formas de participación orgánica y la movilización activa de la ciudadanía por vínculos más laxos con los grupos de interés y con una base social más ampliada policlasista, creando y fomentando el liderazgo político sustentado por el contacto con la opinión pública a través de la presencia activa en los medios de comunicación masiva.

Los cambios de régimen político y de gobierno, la reforma del Estado y las transformaciones de los actores políticos han sido acompañados de una redefinición de espacio público en claves éticas. Ante una aparente desideologización de los discursos políticos, hegemonizado por un neoliberalismo económico, la política considerada como el campo de la construcción de normas sociales colectivas y referentes simbólicos comunes adquiere nuevos contenidos ético-normativos para la acción pública. Así, los tiempos de la consolidación de los regímenes democráticos y los pactos de gobernabilidad, van a introducir nuevamente los temas clásicos de la política como espacio representación colectiva, la refundación de proyectos comunes convocantes y la defensa del ciudadano activo frente a la institucionalización de los poderes públicos cada vez más autonomizados y más opacos en los procedimientos de toma de decisiones vinculantes. ■